El tio Melchor tenia uno de esos caractéres en los cuales el dolor no alcanza á hacer muy honda mella; sienten vivamente durante algunos instantes, y luego, tranquilizados en parte por la paz de su serena conciencia y acosados por su necesidad de alegría, olvidan sus penas más hondas.

El tio Melchor pensaba en su pobre Teresa todas las noches y mañanas al encomendarla á Dios, y la recordaba tambien alguna vez en medio del dia: era todo lo que podia hacer. V

Quejas.

Benito habia quedado pensativo y cabizbajo, desde que oyó la triste historia de la hija del tio Melchor: su frente, cargada de tempestuosas nubes, se apoyaba en sus manos, en tanto que Margarita oia distraida é impaciente las amorosas palabras de Miguel.

La señora Cecilia, á cuya penetrante mirada no se ocultaba la sorda tormenta que rugia en derredor suyo, quiso conjurarla y dijo á Inés.

—Vaya, hija mia, levanta la mesa, y mientras Margarita y tú tomais la rueca y yo la calceta, Miguel nos cantará unas coplas.

—Señora Cecilia, dijo éste con una amarga sonrisa; esta noche debo tener muy mala gracia para cantar.

-¿Por qué hijo mio? pregunto la anciana.

-Estoy de mal humor.

-Quien canta su mal espanta, dice el refran; pero ¿qué haces, Inés, que te has puesto tan triste? añadió la anciana: ¿por qué no levantas la mesa?

Estremecióse la jóven al oir la voz de su abuela, como si la despertase de un profundo y penoso sueño: largo rato hacia que permanecia en una actitud meditabunda, dolorosa y como extraña á todo cuanto pasaba en torno suyo: con la cabeza caida sobre el pecho, y las manos cruzadas sobre las rodillas, nada oia de lo que se hablaba más que la voz de Miguel, que resonaba hondamente en su corazon, amante y sencillo.

La de la anciana la sacó de su triste arrobamiento: levantóse, y empezó á recoger los platos y los cubiertos de la mesa.

Margarita, en vez de levantarse á ayudar á su prima, permaneció en su asiento.

Su abuela la lanzó una severa mirada, y la dijo:

-Margarita, ayuda á tu prima:

Obedeció la jóven, y muy pronto la mesa, desocupada y arrimada á la pared, dejó libre la anchurosa cocina.

A una seña de la abuela, salió Marianillo y volvió á poco con una guitarra que puso en las manos de Miguel.

Este preludió con destreza, y dejó oir algunos acordes, á un tiempo melancólicos y dulces; la anciana tomó su calceta azul; las dos jóvenes pusieron en sus delgadas cinturas dos rue-

cas cargadas de blanco lino, con rocadores (1) de raso azul, lindamente bordados de talcos.

Los hombres tomaron asiento, y todos se prepararon á escuchar á Miguel, quien despues de un armonioso preludio, empezó á tocar la jota con un primor sin igual.

¡Bravo! gritaron entusiasmados todos los concurrentes.

-¡Bien por Miguel!

—¡Qué gracia y qué destreza!

-Pues, y ¿cuándo canta?

-¡Qué cante!

-¡Si, si, que cante!

-; Canta, Miguel!

Este se sonrió con tristeza, y rasqueó con más fuerza, anuncio seguro de que iba á cantar.

Todos callaron: la anciana é Inés suspendieron su labor para no perder nada de la cancion: solo Margarita continuó hilando sin volver los ojos al músico.

Miguel clavó en ella una mirada más triste que su anterior sonrisa, y cantó con voz dulce y sonora:

> Algun dia llorarás, Cuando no tengas remedio; Me verás y te veré, Pero no nos hablaremos.

-¡Bien, Miguel! gritaron palmoteando los

<sup>(1)</sup> Rocadores ó enrocadores. Juguetes de carton á manera de basquihas forradas de raso y bordadas de lentejuelas, que usan las labradoras para sujetar el lino de sus ruecas.

mozos de labor, con ese entusiasmo sencillo que reina en los campos por su música favorita.

—¡Qué voz! ¡qué voz! exclamó el tio Melchor.

Al mismo tiempo que aquellas honradas gentes demostraban así su admiracion, los ojos de la anciana Cecilia y de su nieta Inés se llenaban de lágrimas, y la ruda fisonomía de Benito expresaba un dolor agudo y penetrante.

Miguel, pues, alcanzaba el mismo triunfo que el más eminente artista: su pobre copla habia arrancado bravos y palmadas de entusiasmo: habia agolpado el llanto á los ojos de las mujeres, y habia hecho sentir dolor á un corazon varonil.

Es que la verdad y el sentimiento triunfan siempre y en todas partes.

Miguel, arrebatado de sus propios pensamientos, preludió de nuevo, y cantó esta otra copla con el mismo profundo sentimiento de tristeza y de queja:

> Hasta la guitarra siente la pena de mi dolor; ¡siendo de madera, gime! ¿qué será mi corazon?

Un completo silencio siguió á estos versos: tan desgarradora habia sido la expresion del mancebo al cantarlos, que nadie pudo hacer otra cosa más que sufrir como él: únicamente aquel que haya estado en Aragon puede comprender hasta que extremo son armoniosas y elocuentes las notas de la jota, ora alegres y y graciosas, ora graves y melancólicas, ora sentimentales y dulces, pero siempre de una pureza, de una elocuencia, de una armonía incomparables.

Miguel agradeció el silencio que notaba en torno suyo, y volvió á cantar, con un acento más doloroso y penetrante:

> No publico mi dolor, que si yo lo publicara hasta la tierra que piso de sentimiento llorara!

Y antes de que se apagase la última nota de su canto, dejó la guitarra y se levantó.

—Buenas noches, madre Cecilia, dijo con voz ahogada: buenas noches, señor Benito.

-¿Te vas? dijo éste levantándose tambien.

—Sí señor: estoy algo malo, y mi padre me esperará con cuidado.

—Adios, Miguel: eres un buen hijo, dijo el labrador con amargura: ¡dichoso tu padre!

-¿Quién es dichoso en este mundo? murmuró el jóven con tristeza.

—Solo los culpables dejan de serlo en este mundo y en el otro, repuso Benito con voz fuerte y severa, y clavando en su hija una mirada terrible: luego, volviendo sus ojos suavizados, ya hácia Miguel, añadió estrechándole la mano. Miguel salió de la cocina.

—Vámonos á acostar, hijos mios, dijo la señora Cecilia: no me siento buena esta noche: pero ¿qué tienes, hija? añadió volviéndose hácia Inés; ¿por qué lloras?

—No lo sé, abuela; pero me duele mucho el

corazon.

—¡Pobre hija mia! murmuró la anciana besándola la frente. Despues añadió: .

-Toma una luz, y acompáñame á mi cuarto.

Obedeció la jóven; tomó un limpio veloncito de hoja de lata, y la anciana, apoyándose en su brazo, salió de la cocina, sin mirar á su nieta Margarita.

Al llegar á la puerta de su habitacion, volvió á besarla la frente, tomó de su mano la luz,

y le dijo con ternura:

—Reza, hija mia, para que Dios sane ó alivie tu corazon: reza, y duérmete despues, por-

que mi bendicion te acompaña.

Inés besó la mano de su abuela, y se alejó enjugándodose los ojos con su delantal, en tanto que la anciana, que se habia detenido en el umbral de su cuarto, extendia la mano haciendo la señal de la cruz.

VI

## Miguel y Margarita.

Era Miguel un gallardo mancebo de veinticuatro años, de elevada estatura y figura simpática y gentil: su padre, pobre colono de un señor poderoso diez años antes, habia conseguido, á fuerza de buen órden, trabajo y economía, casar honradamente á sus tres hijas y darles un ajuar decente para su clase.

Poco despues de verlas colocadas, perdió á su esposa, excelente mujer, limpia, hacendosa, y llena de sincera y candorosa piedad.

El pesar del buen hombre fué muy vehemente: lloró á su esposa largo tiempo, á aquella esposa tan fiel, tan cariñosa, tan previsora: y ni el contínuo trabajo á que siguió entregándose, ni el amor que tenia á su hijo Miguel, á quien queria como á las niñas de sus ojos, pudieron borrar de su alma honrada y leal el recuerdo de la compañera de su vida.

El infeliz trabajaba por las mañanas en las tierras de su señor, las cuales tenia en el estado más floreciente: y á las tres de la tarde, dejaba